

Gonzalo Sobejano, *Inmanencia y trascendencia en Poesía (de Lope de Vega a Claudio Rodríguez)*, Salamanca (Almar) 2003, 446 pp.

Conocido sobre todo por sus excelentes estudios de la narrativa española contemporánea, Gonzalo Sobejano reúne ahora en un volumen la mayoría de sus análisis de poesía, con el fin de hacer accesibles al lector escritos esparcidos por revistas, actas, monografías y homenajes de difícil consulta. Son veintiuno los artículos recogidos. Los seis primeros versan sobre Lope de Vega (dos) y Quevedo (cuatro). El resto de los ensayos críticos se vuelcan sobre poetas del siglo XX, de Machado y Juan Ramón Jiménez a Claudio Rodríguez, pasando por Valle Inclán y Miró, Lorca y Vallejo, Borges, Cernuda, Aleixandre, Ángel González y Gil de Biedma. El título de su libro lo ha explicado el propio Sobejano en relación con los motivos que lo llevan al poema: “Inmanencia: el futuro impedido, los claustros del alma, el olvido, la noche, la ruina, el tedio, la prosa, la muerte, el cuerpo indigente, el encierro, la opresión. Trascendencia: el cielo, la amistad, el cuidado [...], la verdad, el alma, la memoria [...]”. Y ambas en proceso dialéctico, en tensión, con el poema como “escenario del perpetuo conflicto entre residir en la sombra o aspirar a más luz”.

Si algo puede unir estudios tan diversos es el método crítico, adscrito a la “estilística estructural”. En cualquier caso resulta difícil reseñar un libro voluminoso volcado sobre tantos poetas. Esta reseña es sólo un acercamiento parcial, dejando en el tintero muchas líneas que debieran completarla. El primero de los estudios versa sobre la emocionada elegía lopesca “A la muerte de Carlos Félix”. El pormenorizado análisis del poema nos impide caer aquí en un detallismo imposible, para quedarnos con una síntesis somera que debe aludir al contraste entre una primera mitad de la composición, en la que predomina el dolor sobre el gozo, y una segunda, en la que “el dolor viene contrarrestado por las razones de un gozo que apenas puede olvidarse del dolor”. De la intensidad del dolor nacen los argumentos del consuelo, como nacen igualmente actitudes, temas e imágenes que el crítico discierne con erudición y penetración, sin olvidarse de la planilla bíblica del poema y los ecos del modelo cercano, Garcilaso. En “Lope de Vega y la epístola poética” muestra el crítico la consonancia entre el espíritu lopesco y la epístola familiar (uno de los tres tipos epistolares desde Garcilaso: moral, familiar y literaria) que Lope cultivó con profusión como medio de defensa ante las acusaciones, de aspiración a algún favor y de comunicación amistosa. Sobejano revisa todas las epístolas lopescas y las relaciona con todos los cultivadores desde Garcilaso, para trazar después el ‘estatuto del género’ en el caso de Lope: variedad de asuntos débilmente conectados, libertad de estilos, cultivo de diversos tipos, el cambio de la expresión literal a la metafórica y de la teoría a la poética, mezcla de razonamiento y fábula... Variedad, en suma.

Cuatro de los estudios versan sobre Quevedo. El primero sobre el soneto “En los claustros del alma...”, que Sobejano analiza de forma inmanente prime-

ro, en los niveles semántico, sintáctico, imaginativo, léxico y fónico-métrico; después, en el contexto de la poesía del autor, en tres círculos sucesivos, el dedicado a Lisi, al que pertenece el soneto, el de la poesía amorosa restante de Quevedo y, por fin, el de toda su poesía grave, con intención de caracterizar la lengua poética del artista barroco; por último, contextualiza el soneto dentro de la tradición: soneto petrarquista en varios de sus rasgos, pero cuya fuente directa es la *Eneida*. En conclusión, se trata de “uno de los mejores poemas españoles que expresan la inmanencia del dolor en el último grado -infern- de su potencia consuntiva y anegadora; compendia representativamente la facultad que, a mi entender, distingue la lengua poética del autor en su vertiente grave: el poder de expresar la interioridad; y finalmente constituye una prueba más del linaje romano antiguo al que quiso siempre Quevedo vincular su estro vehemente y severo”.

El segundo de los ensayos analiza el significado del olvido en la poesía de Quevedo, el cual lo ve siempre de forma negativa, como negligencia frente a la virtud, como indiferencia frente al amor o como muerte contra la vida. Los dos últimos estudios son análisis pormenorizados de sendos poemas quevedescos: “Himno a las estrellas” y “A Roma sepultada en sus ruinas”.

Poetas y poesías del siglo XX ocupan al crítico en el resto de los artículos. Me parece de extraordinario interés lo que podríamos llamar “teoría del domingo”, con referencia al simbolismo de tal día en la poesía modernista. Simplificando, ante el domingo cabe una actitud positiva o negativa. Así, si simboliza la soledad (en la urbe o en la aldea), el poeta la puede expresar como pesadumbre o como dicha; en el primer caso, el poeta plantea con angustia el contraste entre el individuo egregio y la colectividad gregaria; en el segundo, con deleite teñido de melancolía; como símbolo del tedio generado por la falta de fe en Dios y en un destino ultraterreno, para el primero, el tedio es la condena a la soledad estéril; para el otro es la ganancia de la soledad fecunda. Este contraste entre el domingo “crítico” y el domingo “idílico” lo ejemplifica el estudioso –tras múltiples referencias a otros poetas- con Manuel Machado y J.R. Jiménez respectivamente. En otro de los artículos, y en relación con *La lámpara maravillosa* de Valle-Inclán, Sobejano señalará como base distintiva del poema en prosa (frente a la prosa poética, sin más) la “autosuficiencia”. Dos de los estudios se centran en Antonio Machado. Uno de ellos versa sobre la poesía sentenciosa del sevillano, analizando su continuidad a lo largo de su obra, a la vez que exalta sus valores frente a críticas generalmente negativas: la poesía gnómica responde en Machado al anhelo de Verdad por encima de otras cualidades (sugestión, imaginación, efusión sentimental, etc.).

Si no podemos detenernos sobre el resto de los ensayos, algunos han llamado especialmente mi atención: así, la interpretación del hemistiquio lorquiano con que termina el “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”, “¡También se muere el

mar!”, por camino distinto al de la mayoría de los intérpretes anteriores, y con profusión de citas que, como eco, resuenan en el medio verso lorquiano; de igual forma, el análisis del “Nocturno yanqui” de Cernuda, sobre todo por la exposición que realiza de su método de “descripción estilística” en dos partes, inmanente y trascendente; en la primera se trata de analizar la forma del contenido (actitud y temas) y la forma de la expresión conforme a los niveles del lenguaje; en la segunda parte, el método estilístico compara el texto con la obra total del autor y con textos ajenos. Tal método –nada novedoso, por otro lado– es “un ejercicio de lectura sin más motivo ni finalidad que la comprensión por amor”, aunque el crítico perciba numerosos objetivos en los que no podemos detenernos.

Me parecen magistrales los dos estudios dedicados a los “prosemas” de Ángel González, uno para definir el “prosismo” poético y ver su función en la poesía del asturiano, y el otro, por un análisis certero de uno de los “prosemas”. Frente a otros análisis, en éstos, sin perder objetividad, hay cierta entrega, sin duda motivada por la función poética. Como entrega hay en los estudios dedicados a la poesía de Claudio Rodríguez.

Difícil parece trazar generalidades que atañan a estudios tan diversos; sin embargo, los une un método común proveniente de la estilística estructural. Añadamos la copiosa erudición del crítico, la agudeza en los diferentes análisis, el hecho de cifrarse tales análisis en los textos, sin perderse en vanas elucubraciones teóricas. Por otro lado, admiración y amor están en el origen de los diferentes trabajos. Es verdad que la guía segura de un mismo método origina cierta monotonía, sobre todo si los estudios se intentan leer seguidos. Todo queda superado por una curiosidad intelectual que, expresada por el crítico, hay que presuponer también en el lector.

José Enrique Martínez

Antonio Gamoneda, *Arden las pérdidas*, Barcelona (Tusquets) 2003, 128 pp.

Cada libro de Antonio Gamoneda es un aldabonazo de lucidez poética. No hace falta decir lo que supuso cada uno de sus libros, desde *Descripción de la mentira* a *Blues castellano*, *Lápidas*, *Libro del frío* o *Libro de los venenos*. El nuevo poemario, *Arden las pérdidas*, es fruto de una ardua labor de reescritura. Cuando la conciencia estética es auténtica, el trabajo de reescritura es, indudablemente, un duro esfuerzo que compromete al ser entero y a la poesía y al ritmo. El poemario es entonces como una larga preñez que aboca a un parto difícil. Hay que decir, además, que Gamoneda ha instaurado en la poesía española un modo de entender y de hacer poesía que aboga por el oscurecimiento del lenguaje, pero no adrede, sino probablemente porque las oscuridades del corazón sólo así pue-